

El pensamiento de Rodó y su influencia en Ecuador The Rodo's thought and its influence in Ecuador

Nancy Ochoa Antich¹

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

njochoa@puce.edu.ec

RESUMEN

Este artículo es un estudio del *Ariel* de José Enrique Rodó, con el objetivo de que sea una lectura útil para la sociedad latinoamericana del presente. En la primera parte se seleccionan los siguientes rasgos del símbolo rodoniano: racionalidad, autoestima, integración latinoamericana, igualdad, bien común y soberanía nacional. En la segunda parte se describe la influencia de Rodó en varios escritores ecuatorianos de las primeras décadas del siglo XX. Para ello se establecen las principales características del arielismo y se muestra su presencia en las interpretaciones que hacen estos autores del pensamiento de Rodó.

PALABRAS CLAVE: Razón – racionalidad – democracia – justicia social – individualismo – mediocridad – esnobismo – capitalismo

ABSTRACT

This essay analyzes Jose Enrique Rodo's *Ariel*, in order to make of it a useful reading for Latin American society nowadays. In the first part we select the following features of the Rodonian symbol: rationality, self-esteem, Latin American integration, equality, common good and national sovereignty. In the second part we describe Rodo's influence on several Ecuadorian writers of the first decades of the twentieth century. On that purpose we establish main characteristics of Arielism and we

1 Es Licenciada en Filosofía (Universidad de Southampton, Reino Unido), Doctora en Filosofía (PUCE), Master en Ciencias Políticas (PUCE), Profesora de Filosofía en la PUCE durante 32 años, Autora de varios libros y de algunos artículos en revistas especializadas.

show their presence in the interpretations that those authors make of Rodó's thought.

KEY WORDS: Reason – rationality – democracy – social justice – individualism – mediocrity – snobism – capitalism

Primera Parte

Una lectura de *Ariel* para los latinoamericanos de hoy

Breve introducción sobre la racionalidad

El *Ariel* es un llamado a la razón humana, la cual se caracteriza porque es igualmente posible tanto el despliegue de ella como su atrofia o perversión. Por eso, con frecuencia, un examen de los hechos nos lleva a ponerla en duda. ¿Cuál es la racionalidad de las guerras?, ¿cómo no des-concertarse ante las imágenes de niños quemados por armas químicas? Las situaciones lucen incomprensibles, pero es evidente que los poderes involucrados en los conflictos prolongan la violencia.

En el desconcierto, el buen juicio no elude el abatimiento y la angustia, sino que acepta el “reto de la Esfinge” y su “interrogación formidable” (Rodó, 2005: 39). Cada individuo es frágil para soportar la avalancha de noticias que recibimos a diario de todas partes del mundo. Por primera vez en la historia podemos decir que la humanidad se encuentra verdaderamente comunicada. La Internet es un prodigio de eficiencia tecnológica, que puede estar al servicio de nobles fines, como el aprendizaje de las nuevas generaciones. No obstante, a través de tan modernos medios de información, nos enteramos de manera cotidiana de tragedias y crímenes atroces.

El más reciente fenómeno cultural ha sido el de las redes sociales. Tenemos ahora en nuestras manos una vía expedita para intercambiar: ideas, imágenes, memorias, críticas, denuncias. Sin embargo, la reseña más benévola de tal comunicación tiene que mencionar: el engaño, el vocablo soez, la calumnia, así como las faltas de ortografía. En fin, una muestra bastante clara de insensatez.

Frente a los sucesos, deprimentes en algunas ocasiones, las palabras de Rodó suenan como música de esperanza:

Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida (Rodó, 2005: 31).

Como es conocido, nuestro autor toma de *La Tempestad* de Shakespeare el símbolo Ariel. Según Fernández Retamar², Calibán, que proviene también de esa obra, es una imagen más apropiada de América Latina, pues el término procedería de “caribe” o de “caníbal” y el personaje vive en la isla adonde desembarcan los europeos que lo esclavizan, por lo cual resulta idóneo que encarne al indígena colonizado. Dicha interpretación expone una justificada perspectiva, pero no debe desmerecer la aplicación que hace Rodó, de Ariel a nuestra región, ya que este uso del modelo aleja totalmente la idea discriminatoria de que la razón es un atributo peculiar de los blancos. El escritor uruguayo aborrece el utilitarismo, lo identifica con Estados Unidos y espera que los latinoamericanos cultivemos los valores sintetizados en Ariel.

América Latina, la principal atención de Rodó

Cada vez resulta menos adecuado concretar el análisis a un país o a una zona del planeta. No obstante, debemos estudiar a nuestro continente, como lo observa Rodó en 1900, es decir, con el horizonte universal que enmarca las profundas reflexiones del gran ensayista. *El Ariel* transmite las inquietudes del escritor por América Latina. Él buscaba remedios a sus constantes dificultades, por lo cual nos convoca todavía hoy. El libro es breve, pero nada le falta, el contenido es preciso. Su lenguaje limpio y bello acaricia al lector, traspasa el tiempo y llega a la actualidad con palabras que aclaran la mente y orientan la acción.

Allí nuestro autor se queja del “doloroso aislamiento en que viven los pueblos” de este continente (Rodó, 2005: 40). Alude Rodó a la incomunicación entre nosotros. ¿Algo ha variado en más de un siglo, desde que se escribió la magnífica obra? Ahora tenemos los mensajes elec-

2 Fernández Retamar, Roberto: *Calibán, Apuntes sobre la cultura en nuestra América*. s. l.: Ed. Abejón Mono, 1974.

trónicos, que pueden exasperar el alma y degradar la sensibilidad, como veíamos hace un momento sobre las redes sociales. Hoy hay los veloces viajes en avión, pero ellos no bastan para construir los nexos económicos, sociales y políticos que una auténtica integración demanda. Se me ocurre un ejemplo sencillo: ¿cómo admitir que simplemente en Suramérica no haya todavía un ferrocarril que permita atravesar su geografía?, ¿por qué algo así tiene que sonar imposible? Un criterio general tengo de la historia de América Latina y es que los mismos problemas y varios intentos fallidos de solución parecen ubicarnos en un insuperable y desesperante estancamiento.

Procuremos, pues, escudriñar los motivos de una realidad que decepciona. El célebre uruguayo, que nos reúne hoy a los 100 años de su muerte, escribe que “la esclavitud afea, al mismo tiempo que envilece” (Rodó, 2005: 53). Ella podría ser interpretada solamente como contraria a la libertad de pensamiento y los académicos celebraríamos el concepto propio y la opinión sin las ataduras que nos caracterizan. Además, la frase citada se encuentra después de una mención al pensamiento hegeliano, que a veces ha sido entendido como elitista, y antes de otra que alude a las razas libres. Sin embargo, nuestro pensador llama “concepción monstruosa” al anti-igualitarismo de Nietzsche por su “menosprecio satánico para los desheredados y los débiles” (Rodó, 2005: 65), pues opone a esa subestimación violenta la fraternidad y la piedad propias del pensamiento cristiano. Aunque Rodó considera a este último “viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura”, juzga a las civilizaciones clásicas como mancilladas por un “aristocrático desdén de los humildes” y cree que “el porvenir sintetizará ambas sugerencias del pasado en una fórmula inmortal” (Rodó, 2005: 67).

Al hablar de esclavitud, entonces, ocupémonos de una gran parte de la población latinoamericana. Es inconcebible que nuestra región siga siendo hoy uno de los territorios más desiguales en el planeta. Durante el siglo XX tuvimos revoluciones, gobiernos de tendencias diversas y batallas muy costosas en vidas humanas. Cada vez era un nuevo comienzo y renacidas esperanzas, pero al final, todo volvía al punto de partida.

Rodó señala las conductas erróneas de la dirigencia en su conjunto, no únicamente de los líderes políticos, como las razones de fondo de que en los países latinoamericanos no haya prevalecido el bien común.

¿Cómo puede avanzar una sociedad, si a los que deben conducirla solo les atañen sus propios intereses y los de unos pocos privilegiados? Esa es la causa de la exclusión de las mayorías de los derechos sociales, necesarios para la vida, para la supervivencia, y sin los cuales no puede florecer la libertad. No ha habido en América Latina igualdad de oportunidades y la injusticia estructural crece día a día. Me parece que Europa occidental es actualmente el mejor modelo de convivencia, porque la salud y la educación, ofrecidas en forma gratuita por los Estados, han encontrado allá coberturas jamás soñadas antes por la humanidad.

Las críticas de nuestro autor a la democracia no se refieren a la equidad real, que permitiría a todas las personas el ascenso y el mérito: “Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados” (Rodó, 2005: 64).

El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos (Rodó, 2005: 65).

Es claro que en sus objeciones a la democracia el escritor uruguayo tiene en mente una organización política en la que predomina el discurso con alicientes utilitarios, que manipula las conciencias de los miserables, al ofrecerles cosas materiales para comprar su sometimiento. De otra manera es el dirigente de pueblos, cuya palabra didáctica les enseña a salvaguardar sus derechos, pero con la mirada puesta en el ideal, en un futuro en el que las nuevas generaciones desempeñen sus carreras, no con afán de lucro sino para sentirse humanamente enaltecidas, un porvenir en el que los jóvenes amen la lectura y disfruten del arte.

Así pues, Rodó tropieza con el dilema entre democracia y apacible sabiduría:

“Hay en la cuestión que plantean estos juicios severos, un interés vivísimo, para los que amamos —al mismo tiempo— por convencimiento, la obra de la Revolución, que en nuestra América se enlaza además con las glorias de su Génesis; y por instinto la posibilidad de una noble y selecta vida espiritual que en ningún caso haya de ver sacrificada su serenidad

augusta a los caprichos de la multitud” (Rodó, 2005: 57). Con estas palabras nuestro autor está aludiendo a la Revolución Francesa y a la influencia de sus ideas en los procesos independentistas de los países latinoamericanos. Como lo establece el liberalismo original, con el cual tenemos una deuda histórica, el Estado debe brindar oportunidades educativas a todos los ciudadanos para que a ellos corresponda luego el esfuerzo individual y la virtud.

Pensaba Renan que la “preocupación por los intereses ideales de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia”, ya que siendo ella “la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo” (Rodó, 2005: 56). Rodó se sitúa entre la enorme admiración por quien consideraba su maestro, y la sincera labor de mejoramiento que deseaba cumplir no solo en su pequeño país sino en la extensa área que sabía unida por la historia y la cultura.

Las palabras del *Ariel* son diáfanas para resolver la aparente contradicción entre la justicia social garantizada por el Estado, y el empeño de los individuos en el aprendizaje permanente y en el trabajo cotidiano:

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la Naturaleza, un equilibrio inestable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las verdaderas superioridades humanas (Rodó, 2005: 57).

En su Uruguay natal el gran pensador observa la “afluencia inmigratoria” desde otras partes del mundo, más o menos general en toda la región, pero notoriamente mayor en el cono sur. Es reconocible y generalmente admitido que la República Oriental ha sido democrática en lo social, es decir, más equitativa en los derechos de su población. Lamentablemente no se salva ninguna otra nación de este continente en lo que se refiere a los privilegios económicos de pocos y la exclusión de muchos de las ventajas del progreso.

La urbanización de los países latinoamericanos ha sido continua en los últimos 100 años. ¿Pero cómo se han desarrollado nuestras ciudades? Un rasgo de ellas, si hacemos abstracción de las particularidades, cuya descripción requiere una perspectiva diferente a la de este artículo, ha sido

el incesante desplazamiento de masas campesinas paupérrimas a poblar los cinturones de miseria de las grandes urbes. Se trata de compatriotas que han carecido de los derechos fundamentales de salud y educación, por lo cual no podemos esperar de ellos costumbres exquisitas ni gustos elevados.

No es justo atribuir a los marginados las críticas de Rodó al “individualismo mediocre” (Rodó, 2005: 56). Esa frase se ajusta más a la actitud de ciertas personas que exhiben su banalidad dentro de vehículos suntuosos en las actuales calles latinoamericanas. Si nuestro autor tuviera el infortunio de convivir con el engrandecimiento de los grupos favorecidos de hoy, él despreciaría esa prepotencia sin razón. Ya no son las tribus bárbaras, como las de Atila, que revelan heroísmo y cierta grandeza, sino, en palabras del *Ariel*, “la alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra mansa y disolvente de esas otras hordas, pacíficas, acaso acicaladas, las hordas inevitables de la vulgaridad” (Rodó, 2005: 59).

El ejercicio de los derechos debe enmarcarse en el respeto mutuo. Una vez que se logran, mediante esfuerzo colectivo, la democracia política y la prosperidad, el secular trato humillante hacia razas o clases supuestamente inferiores no debe reemplazarse por nuevos abusos de gente mareada con sus ansias de poseer y ostentar, por ejemplo, automóviles de lujo, artefactos electrónicos cada día más sofisticados o indumentarias de refinada última moda. El término de toda forma de discriminación tiene que llevar consigo jerarquías que se acrediten racionalmente. El trato adecuado entre autoridades y subalternos, padres e hijos, profesores y estudiantes, se fundamenta en el reconocimiento de méritos, pues estos implican desvelo y perseverancia. El reclamo por la confusión entre equidad y ordinariez lo expresa brillantemente el tango *Cambalache*, dedicado a ese siglo XX que Rodó pudo prever, cuya letra sigue teniendo vigencia en estas primeras décadas del tercer milenio.

El capitalismo y los Estados Unidos de América

El gran uruguayo estaba consciente de que los países latinoamericanos, aislados entre ellos, no podían en cambio ser ajenos a un estado de cosas que ya se iba convirtiendo en mundial. Me refiero a un sistema económico que obliga a todos, según Rodó, a “los diarios afanes por la utilidad” (Rodó, 2005: 43). ¿Cómo encontrar o intentar

construir en el capitalismo, según el modelo clásico del autor de *Ariel*, “la belleza incomparable de Atenas”, “aquella ciudad de prodigios”, que supo “engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo?” (Rodó, 2005: 42)?

El pragmatismo de los últimos siglos puede relacionarse con los avances científicos y, sobre todo, con su aplicación en estupendos inventos tecnológicos que solucionan las pequeñas e influyentes dificultades de la vida cotidiana. Ese progreso es en sí mismo satisfactorio. El mal uso que podamos dar, por ejemplo, al teléfono celular (me refero a cierta dependencia emocional que lleva a algunos a emplearlo en momentos de conversación o mientras conducen un vehículo), se debe a la desorientación en principios y valores que sufre la humanidad contemporánea. Nuestro pensador menciona la posibilidad de que el desarrollo de la ciencia y la tecnología no solo traiga ventajas sino también perjuicios sociales y culturales, pero afirma que en su obra se concentrará en abordar los inconvenientes de la democracia:

Con frecuencia habréis oído atribuir a dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración estética y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza —que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables a ellas, convergen a destruir toda idealidad por su base,— son la una; la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. Yo me propongo hablaros exclusivamente de esta última causa (Rodó, 2005: 55).

¿Cómo no vincular tal forma de gobierno con los Estados Unidos? En palabras de Rodó, “esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder” (Rodó, 2005: 68). En 1900, en su obra *Ariel*, nuestro autor señala con claridad el motivo por el cual los países latinoamericanos han tenido, con la que es hasta ahora la mayor hegemonía económica y militar del mundo, una relación paradójica de amistad y molestia al mismo tiempo: “La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral” (Rodó, 2005: 68).

Quizás el peor aspecto de nuestro imperecedero subdesarrollo ha sido el hábito de los grandes capitalistas de hacer dinero a costa de los recursos naturales y humanos de estos territorios sin invertir sus ganan-

cias en el adelanto nacional. En el ensayo titulado *Rumbos Nuevos*, Rodó alude a esa circunstancia: “En medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto” (Rodó, 1967: 520).

Es verdad que irreflexivamente los individuos de la clase dominante utilizan su país para provecho personal y luego disfrutan fuera de la región de la fortuna adquirida. Las oligarquías latinoamericanas no están conscientes, por ejemplo, de que en Estados Unidos hay la igualdad de oportunidades que ellas creen inalcanzable en nuestras repúblicas. En la potente nación aceptan una movilidad social que es manifiesta, mientras en estas tierras muestran desprecio hacia los conciudadanos de estratos bajos y medios. Allá les gusta lo que aquí tratan de impedir que ocurra y, sin aceptar su responsabilidad en los efectos, llegan al colmo de subestimar a su patria y de culpar del atraso a los miserables, que son en realidad los perjudicados por el extranjerismo de las élites. El autor de *Ariel* llamó *nordomanía* a esa actitud. Su argumento tiene el valor de encontrar las causas de nuestra limitación para el progreso en nosotros mismos.

Entonces, las diferencias culturales e históricas entre el gran país del norte y las repúblicas en las que se habla castellano o portugués, son obvias y deberían vivirse con naturalidad. ¿Por qué no es así? Un brillante pensador como Rodó tiene que indignarse con razón porque no encuentra “la gloria, ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, —su genio personal,— para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu; (...) En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa de innoble. Género de *snobismo*³ político podría llamarse al famoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil” (Rodó, 2005: 69). Me parece notorio que los dardos de ese discurso apuntan a nuestras clases dirigentes por su entreguismo.

Cuento tres páginas del *Ariel* dedicadas a elogiar con la hermosa retórica de su autor las cualidades innegables de los Estados Unidos

3 “Esnobismo, cualidad de esnob. Esnob (del inglés *snob*), persona que imita con afectación las maneras, opiniones, etc., de aquellos a quienes considera distinguidos”. *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, vigésima segunda edición.

de América. La famosa frase de Rodó “aunque no les amo, les admiro” (Rodó, 2005: 73) expresa la relación de cercanía y distanciamiento que los latinoamericanos hemos tenido con esa nación, como consecuencia de la estructura de nuestras sociedades, pues a las burguesías les ha parecido agradable el goce de la democracia social ajena, mientras ayudan a mantener la desigualdad en sus países.

Un mejor porvenir para América Latina

En la última parte de la obra, Rodó dirige su mirada hacia el futuro de nuestra región, que él sinceramente lo deseaba mejor:

Acaso sea atrevida y candorosa esperanza creer en un aceleramiento tan continuo y dichoso de la evolución, en una eficacia tal de vuestro esfuerzo, que baste el tiempo concedido a la duración de una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la insipiencia en que las tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y a una cumbre que de veras domine (Rodó, 2005: 89).

¿De quién es el esfuerzo al que alude la cita anterior? No hay que olvidar que la estrategia literaria del autor consiste en que Próspero, “el viejo y venerado maestro”, hable a sus alumnos. Los destinatarios de su discurso son, pues, los jóvenes, que debían tomar en sus manos el rumbo de estas naciones. A ellos les dice:

¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, (...)? Pensad en ella a lo menos; el honor de vuestra historia futura depende de que tengáis constantemente ante los ojos del alma la visión de esa América regenerada (Rodó, 2005: 88).

Nos encontramos hoy a cien años de la muerte del célebre escritor uruguayo. Hagamos un balance de lo que hemos logrado. Hay que reconocer el adelanto en la provisión de servicios básicos en la mayoría de las ciudades, no tanto en la zona rural. También se ha renovado la infraestructura para la salud y en general los países suelen contar con modernos sistemas viales, aunque unos mejores que otros. A pesar de esas reformas, sintetizadas aquí brevemente, el problema fundamental de este continente es todavía la miseria de un amplio sector de la población. Sin embargo, la educación masiva, que es el mejor camino de ascenso social, luce como un motivo de esperanza. A través de avances y retrocesos políticos, en nuestros países se ha combatido con éxito el

analfabetismo. En la actualidad la mayoría de niños latinoamericanos asisten a la escuela. La secundaria y la universidad son ahora accesibles a estudiantes de los sectores populares. Hace falta la continua renovación de metodologías y de contenidos, pero podemos ubicar nuestros sueños en la oferta pedagógica que cada día se incrementa.

Los Estados deben garantizar los derechos básicos de salud y educación. La tarea de las instituciones públicas es la de equilibrar las oportunidades entre aquellos que nacen en medio de riquezas, o siquiera envueltos con mínimas satisfacciones, y los que carecen de todo lo indispensable para la vida. Los recursos necesarios para ese propósito se pueden obtener a través de políticas macroeconómicas y fiscales adecuadas. El trabajo también es un derecho y la sociedad civil lo ofrece en cantidad suficiente cuando la situación es propicia, pero a los gobiernos les atañe velar por condiciones laborales idóneas y salarios dignos. Así, nuestras democracias, que constituyen una palpable mejora con respecto a las oscuras décadas de los regímenes militares, lograrán contar con una población que sea capaz de recuperar la política. Esta última es una imagen de la sociedad, por lo cual, cuando las mayorías se mantienen excluidas del progreso, hay el riesgo latente de que los bienes y servicios colectivos sean acaparados una y otra vez por la mezquindad de las élites.

En fin, el esnobismo, mencionado por el autor de *Ariel*, es una degradación cultural y no contribuye a que nuestra América resuelva sus problemas seculares. Con la identidad que nos da una historia particular y común, por lo cual ella no es una quimérica originalidad, podremos extirpar la injusticia social. No sigamos cometiendo los mismos errores que señalaba Rodó, para que cortemos al fin con la raíz del atraso y superemos más temprano que tarde el funesto subdesarrollo.

Segunda Parte

El Arielismo en Ecuador

La influencia de las ideas de Rodó

El *Ariel* tuvo gran repercusión en los intelectuales latinoamericanos de comienzos del siglo XX. Ya había en ellos la angustia porque estos países no lucían bien orientados. Habíamos tenido cruentas guerras civiles y

varios diferendos limítrofes entre nuestras repúblicas, que culminaron en violencia. La conducción del Estado no parecía la adecuada, la economía mostraba desde entonces su dificultad para la industrialización y las sociedades presentaban la forma que nos ha caracterizado siempre: familias privilegiadas en la cumbre y mayorías miserables marginadas de los derechos humanos y de los elementos del progreso.

Entonces, la fuerza del discurso de Rodó despertó la conciencia crítica de una parte de los pensadores de nuestra región y floreció en ellos la esperanza de que hubiera caminos de análisis y de posibles soluciones a los ya acuciantes problemas. Así surge una corriente que se ha llamado arielismo, la cual reunió a algunos escritores alrededor del símbolo que da título a la obra del gran uruguayo.

La caracterización general de dicho movimiento de ideas es la siguiente: 1. Aprecio por la identidad cultural latinoamericana: su lengua (el castellano) y su historia. 2. Proyecto educativo enmarcado en la emancipación mental, la cual hacía falta después de lograda la independencia política. 3. Afán por lograr la integración de nuestros países. 4. Desdén por el utilitarismo del modelo estadounidense de sociedad. 5. Creencia en ideales, desinterés por lo material, estilo de vida sobrio. 6. Identificación con el modelo clásico de la Grecia antigua.

El arielismo en Ecuador

El proyecto editorial de la Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, concibe cada volumen integrado por dos secciones: el ensayo de un escritor del momento sobre una corriente de la historia de las ideas y una selección de textos de los autores considerados representantes de dicha tendencia. Tuve la suerte de realizar el tomo 29 de esa colección, cuyo título es *El Arielismo en el Ecuador*⁴, que fue publicado en 1986.

El estudio introductorio de dicho libro expresa el punto de vista crítico de muchos intelectuales de los años 70 y 80 del siglo XX, semejante al de Fernández Retamar. No satisfacía a algunos pensadores de entonces que Ariel fuera señal de América Latina, por ser nuestra región

4 *El Arielismo en el Ecuador*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 29. Estudio Introductorio y Selección: Nancy Ochoa Antich. Quito: Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, 1986.

un territorio conquistado por los europeos y en el afán de recuperar una identidad que, o bien es mestiza, o todavía originariamente indígena. Ante esa realidad histórica, a pesar de que debemos rescatar el castellano frente a la preponderancia del inglés, es aún más profunda la necesidad de que salvemos a los idiomas aborígenes del inclemente proceso de dominación extranjera.

En tal perspectiva, la subordinación de este continente en el orden mundial se juzga como una de las causas estructurales de la desigualdad en nuestras sociedades, por lo cual otro aspecto del cuestionamiento es considerar al arielismo una doctrina de élites, en primer lugar, intelectuales, pero también inevitablemente económico-políticas y por tanto, opresoras.

No obstante, la autora de aquel análisis no mantiene actualmente la misma postura acerca de la significación del *Ariel* de Rodó, como se puede notar en la primera parte de este artículo. En pocas palabras, hoy me parece que es muy enriquecedora la propuesta de que América Latina llegue a encarnar las virtudes del paradigma racional. Esa idea muestra que somos naturalmente capaces, como cualquier humanidad, y además, nos motiva a construir países mejor estructurados, justos y coherentes.

Los arielistas ecuatorianos

Para seleccionar a los autores que siguen el pensamiento de Rodó, se tienen en cuenta las seis características de la tendencia, que antes fueron señaladas. Además, son escritores nacidos en la última década del siglo XIX, que realizaron ensayos acerca del pensador uruguayo. Entre los cinco ecuatorianos incluidos en el volumen 29 de la Biblioteca Básica, Alfredo Espinosa Tamayo no escribió sobre Rodó y tiene un perfil más científico-experimental que humanista, por lo cual en la actualidad no me parece correcto haberlo incorporado. Fue incluido porque pertenece al período estudiado y por el interés en la regeneración de su país mediante la educación.

En este punto, en orden alfabético, voy a presentar unos breves datos biográficos de estos autores:

1) Alejandro Andrade Coello. Escritor y educador quiteño, nacido en 1875, que falleció en 1943. Obras: *Nociones de Literatura General*, *El Vía Crucis del Orador*, *La Ley del progreso*, *El Titán de la Tragedia*, *Al-*

gunas ideas acerca de la educación, Centenarios y Milenarios, El aislamiento del genio, El Ecuador intelectual, Rodó, Federico González Suárez, Juana de Ibarbourou.

2) Julio César Endara. Literato que perteneció al círculo modernista ecuatoriano. Escribió: “De la crítica literaria”, en Revista *Renacimiento* N° 1, Guayaquil, 1916. “José Enrique Rodó”, en Revista *Letras*, Tomo IV, 1917.

3) Alfredo Espinosa Tamayo. Sociólogo guayaquileño, nacido en 1880, que falleció en 1918. Estudió Medicina en la Universidad de Guayaquil. En 1912 quedó totalmente ciego. Realizó importantes investigaciones bacteriológicas. Formó parte de la Revista *Renacimiento*. Obras: *Cartilla higiénica de puericultura* (1914), con el fin de contribuir a bajar la alta cifra de mortalidad infantil; *Guía para la enseñanza de la higiene sexual* (1915), *Caciquismo* (1915), *El mecanismo vital de la asociación de ideas* (1916), *El panamericanismo y la nueva orientación de su doctrina* (1916), *Las universidades del Ecuador* (1916), *El problema de la enseñanza en el Ecuador*, obra de 198 páginas (1916); *Psicología y Sociología del pueblo ecuatoriano*, obra póstuma de 200 páginas (1918).

4) José María Velasco Ibarra. Doctor en Derecho, nacido en Quito en 1893, que falleció en 1979. Presidente del Ecuador por cinco ocasiones por elección popular. En dos de ellas se autoproclamó dictador. Completó su mandato en una sola ocasión. Obras: *Estudios varios* (1928), *Democracia y Constitucionalismo* (1929), “Rodó”, Discurso de incorporación pronunciado en la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, el 6 de diciembre de 1930, *Meditaciones y luchas* (1930), *Cuestiones americanas* (1931), *Conciencia o barbarie* (1936), *Expresión política hispanoamericana* (1943), *Experiencias jurídicas de América* (1943), *Derecho internacional del futuro* (1943), *Tragedia humana y Cristianismo* (1951), “Rodó, Filósofo”, *Revista Nacional*, N° 192, Tomo II, Montevideo, 1957; *Caos político en el mundo contemporáneo* (1963), *Servidumbre y Liberación* (1965).

5) Gonzalo Zaldumbide. Escritor, ensayista y diplomático, nacido en Quito en 1884, que falleció en 1965. Fue Embajador en París en 1929, Ministro de Relaciones Exteriores en 1929, Embajador en Londres en 1950. Obras: *Cuatro Clásicos Americanos*, en la que analiza a: José Enrique Rodó, Juan Montalvo, Gaspar de Villarroel y Juan Bautista Aguirre (1951), la novela *Égloga Trágica* (1956).

Breve reseña de la interpretación de Rodó que realizan los arielistas ecuatorianos

La antítesis Ariel-Calibán la encuentra José María Velasco Ibarra en la persona y afirma:

Rodó, representando con propia originalidad importantes tendencias de la filosofía moderna, arrancó sus meditaciones del océano interior de la personalidad individual. Cada individuo es un abismo de reacciones psíquicas, de emociones y sentimientos: sublimidad y miseria, heroísmo y cobardía, alegría y tristeza, fervor y desaliento (Ochoa, 1986: 345-346).

Ariel, símbolo de la razón, vence a Calibán, imagen de la sensualidad, mediante la voluntad: “la voluntad, según Rodó, hace a los hombres semejantes a Dios, de la raza de Dios; superiores a toda fuerza ciega y fatal, y al mismo Universo, si éste es una patrulla de esclavos que rodasen en el espacio infinito” (Ochoa, 1986: 329).

Estas palabras manifiestan confianza en el humano excepcional. A este lo encarna Don Quijote, el caballero de aventuras desinteresadas en pos de sublimes ideales, ya que tal personaje es, además, signo de latinidad por hispánico o por castellano. Alejandro Andrade Coello se refiere al héroe de Cervantes en alusión conjunta al escritor uruguayo:

A su paso por las ciudades europeas, le recibieron reyes y presidentes en audiencia, le acataron los centros literarios y la prensa le dijo su epinicio. Era el enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario espiritual del nuevo mundo ante los corazones que aman la justicia, que admiran la idealidad del alcázar latino, sobre el que flamea la nunca arriada bandera del Quijote, y que guardan el relicario del arte, protegiéndole contra todas las iniquidades del mal y los monstruosos golpes de la fuerza (Andrade, 2017: 18).

América Latina y sus incesantes complicaciones motivan, como a Rodó, a los arielistas ecuatorianos. Por ejemplo, un texto del mismo Andrade Coello:

Cuando desaparezcan los analfabetos, cuando nos gobiernen estadistas en vez de rudos soldados, cuando los pueblos liliputienses y misérrimos sean dignos de la civilización, cuando el bienestar material, redentor de tantas humillaciones, la agricultura y la industria, maten las plagas sociales, entonces florecerá el arte y será comprendida la belleza (Andrade, 2017: 71).

En la cita anterior podemos notar el interés en la educación como vía de solución de los problemas de nuestros países. Dicho empeño me llevó a incluir en la antología aquí comentada a Espinosa Tamayo, quien escribe:

Con un título análogo al del presente libro escribió otro, hace cerca de cuarenta años, en el Uruguay, su patria, el ilustre propagandista y pensador don José Pedro Varela. No es que yo trate de emular, con la publicación de las presentes líneas, las glorias del insigne reformador de la Enseñanza en la República Oriental, sino que el Ecuador, como otros países que se le han adelantado en el camino de la reforma pedagógica de su educación, necesita saber a punto fijo cuáles son sus necesidades actuales, cuáles sus deficiencias y cuál el camino seguro y recto que ha de tomar para llegar a incrementar y desarrollar, en manera definitiva, un plan educativo que se armonice con el espíritu y la mentalidad de su pueblo, permitiéndole escoger entre los diversos sistemas, no el que sea mejor por sus excelencias intrínsecas, sino aquel que de mejor manera eduque al pueblo y lo prepare para la vida cívica y la lucha por la existencia” (Ochoa, 1986: 105-106).

Otra cita importante de Espinosa en el mismo sentido es:

En nuestras escuelas se enseña Gramática, Aritmética, Geografía, Historia, tal como está escrita en los libros, pero no se educa, se dejan intactos los sentimientos, se deja formar el carácter por sí mismo, se dejan sin tocar las pasiones y los prejuicios que las influencias ancestrales de muchas generaciones y el ambiente local, han depositado en el corazón de los niños (Ochoa, 1986: 135).

Es necesario, pues, reformar la educación, con el fin de superar los obstáculos que ponen en riesgo el futuro de las sociedades latinoamericanas. No obstante, el remedio no consiste en la imitación del modelo estadounidense. Estos escritores manifiestan su disgusto frente a esa manera de entender el progreso. Así, Gonzalo Zaldumbide escribe: “Sobre el estruendo oceánico con que se agita toda esa hirviente marejada humana, ¿qué anhelo flota?, ¿qué voces claman por la serena belleza de un ideal?, ¿a qué meta suprema tiende todo ese infinito e infatigable esfuerzo? No puede ser que tenga su fin en sí mismo: ¿qué hay más allá de este horizonte cargado del humo de sus fábricas?, ¿cuál es la cumbre a la que vuelan las aspiraciones de este pueblo de gigantes? El templo de maravillas materiales que ha levantado, obsesido por el ahínco

de trabajar y trabajar, sin tregua ni reposo, ¿está aún vacío?... ¿a qué dios habrá de consagrarlo al fin?, ¿qué culto digno de tanta magnificencia exaltarán, con la religiosidad de lo ideal, los espíritus que se acojan a su santuario?, ¿qué incienso arderá en los corazones de sus fieles?... Por hoy el dios es un becerro de oro, su culto, el *time is money*, y no sube al cielo otro incienso que el humo de las fábricas” (Ochoa, 1986: 68). No podían faltar las objeciones a la democracia, a la cual Zaldumbide la llama “aplebeyada” (Ochoa, 1986: 88) y Andrade Coello, “igualitaria y vulgarota”, “matadora del buen gusto” (Andrade, 2017: 68).

La crítica a la copia de lo extranjero, vista como simulación, también está presente en aquellos autores ecuatorianos de las primeras décadas del siglo XX. Andrade Coello sostiene que:

Aspirar a una literatura nacional, amarla, hacerla valer, no despreciarla ni deshonrarla porque no es parisiense ni exótica, ¿no es santa y justa aspiración, por más que la motejen de candorosa los atacados de *snobismo*? Claro que el criollismo al que se aspira debe ser artístico. Que la nota de distinción y buen gusto palpite tanto en la escena popular y diminuta como en los épicos motivos nacionales. No es un criollismo pedestre y grosero que, por prurito de exactitud fotográfica, estropee la lengua vernácula, infle de vulgaridades la producción literaria y caiga en amaneramiento desesperante (Andrade, 2017: 31-32).

Concluyo mediante las palabras de Julio César Endara acerca del pensador uruguayo y su peculiar manera de razonar, tan diáfana como la de su forma literaria:

Y cuando se junta una soberbia mentalidad como la de Rodó a una perenne sensibilidad, la obra de arte —*Motivos de Proteo*— se impone. Nos subyuga en ella la elegancia del estilo, que ondula suavemente, se crispa alguna vez, pero siempre guarda un principio de armonía, resultante del arte magno del artífice. Pero nos sugestiona aún más la idea pulida y clara, el discurso cálido, sin enrevesamientos; grave, sin petulancia, perfecto y ordenado como los pliegues de las túnicas de los oradores griegos (Ochoa, 1986: 236-237).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Andrade C. A (2017) *Rodó*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.

Endara, J. C. (1917) José Enrique Rodó, *Revista Letras*, (IV)

Espinosa T. A. (1916) *El problema de la enseñanza en el Ecuador*. Quito: Imprenta y Encuadernación Nacionales.

Rodó, José E. (2005) *Ariel*. Buenos Aires: El Andariego.

Rodó, José E. (1967) Rumbos Nuevos, en *Obras Completas*. Madrid: Ed. Aguilar.

Velasco I., J. M. (1957) Rodó, Filósofo, *Revista Nacional*, Montevideo.

Velasco I., J. M. *Rodó* (6 de diciembre de 1930) Discurso de incorporación pronunciado en la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

Zaldumbide, G. (1960) Visión de Norteamérica. *Páginas*. Quito.

----- (1960) Vicisitudes del descastamiento. *Páginas*. Quito.

Recibido: enero 2018

Aprobado: mayo 2018